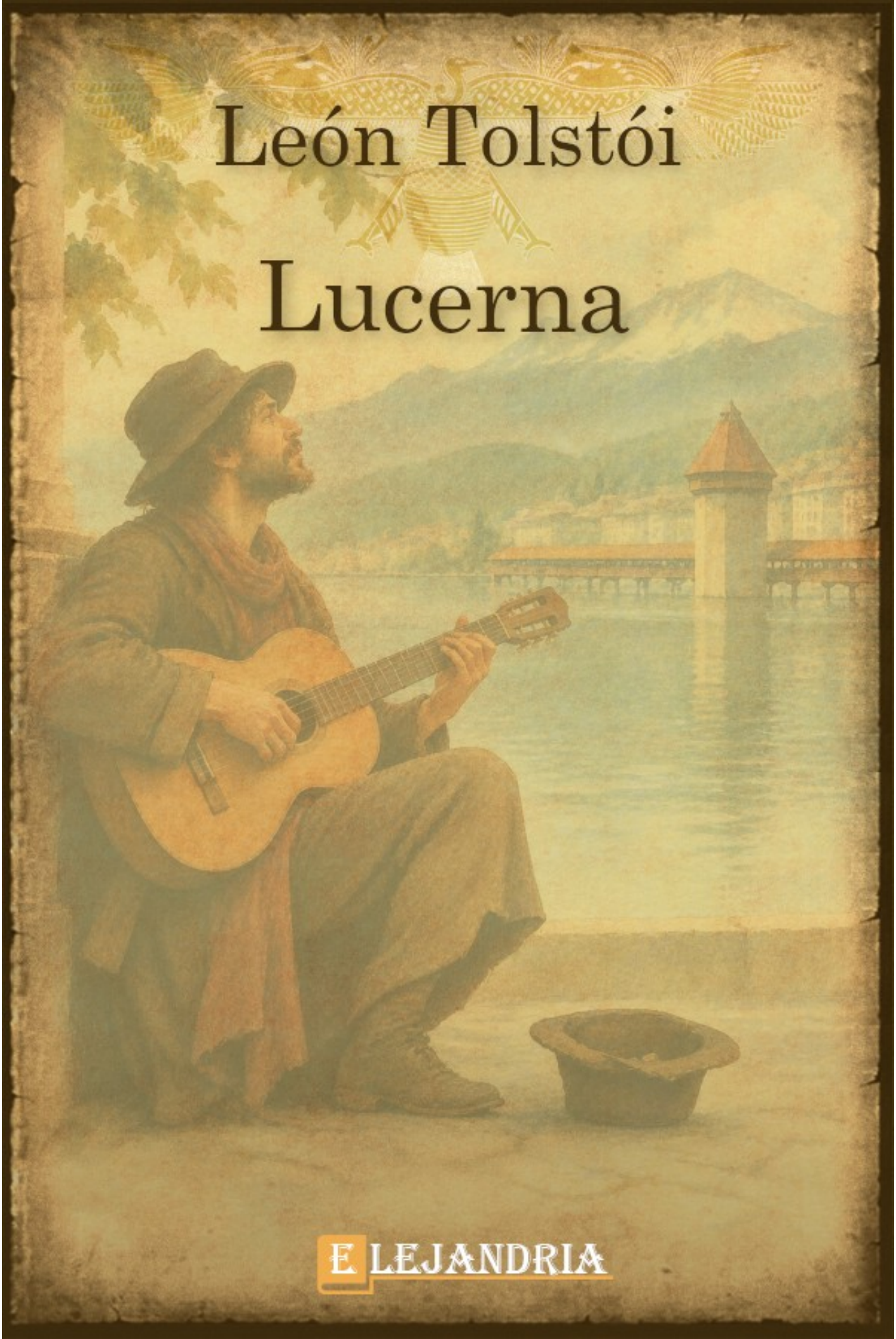
León Tolstói

Lucerna



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Lucerna

León Tolstói

Publicado: 1857
Fuente: archive.org
Traducción: Anónimo
Edición original: Obras completas, t. III (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905)

I

Llegado a Lucerna ayer noche, 8 de julio, fui a hospedarme en el mejor hotel, llamado «Schweizerhof».

«Lucerna es una antigua ciudad cantonal, situada en la orilla del lago de los Cuatro-Cantones», dice Murray.

«Es una de las poblaciones más románticas de Suiza; tres grandes carreteras la cruzan, y a una distancia aproximada a una hora de vapor se encuentra el monte Righi, de donde se contempla uno de los más sorprendentes panoramas del mundo».

¡Es verdad o no lo es!… Pero como todas las guías dicen lo mismo, hay siempre en Lucerna muchísimos turistas de todas nacionalidades y especialmente ingleses.

El hermoso edificio de cinco pisos del hotel Schweizerhof ha sido construido recientemente sobre el muelle, en el mismo borde del lago, y en el sitio donde antes existía un puente de madera cubierto, anguloso, con una capilla en un lado con imágenes de Cristo en las paredes. Ahora, gracias a la gran afluencia de ingleses, a sus necesidades, a su dinero, a sus gustos, el antiguo puente ha sido derribado y en su lugar ha sido construido un muelle de piedra, recto como una barra; sobre el muelle han construido una casa de cinco pisos, cuadrangular, y delante de la casa han plantado dos hileras de tilos, y entre los tilos han puesto como es costumbre algunos bancos verdes. Es el paseo; por ahí van y vienen los ingleses con sombreros de paja suiza, con trajes muy sólidos y cómodos, alegrándose de su obra. Quizás esos muelles, esas casas, esos tilos y esos ingleses estén bien en algún sitio, pero

con seguridad no lo están en medio de esta naturaleza majestuosa y extraña que es al mismo tiempo dulce y armoniosa.

Cuando subí a mi habitación y abrí la ventana que da sobre el lago, quedé admirado ante aquellas montañas, aquel agua y aquel cielo. Sentí en todo mi ser el deseo, la necesidad de expresar de alguna manera la superabundancia de que se llenaba mi alma. Hubiera querido, en aquel momento, abrazar a alguien, enlazarme con él fuertemente, pincharle, es decir, hacer algo extraordinario con ese alguien o conmigo mismo.

Eran las siete de la tarde; todo el día había estado lloviendo, y en aquel momento empezaba a despejarse el cielo. El lago, azul como azufre inflamado, veíase desde la ventana cruzado por infinitas canoas, las cuales dejaban en pos de sí anchas estelas que iban a perderse en la orilla; más lejos se estrellaba entre dos grandes montañas, tras de las cuales desaparecían las nubes empujadas unas por otras. En el primer llano que se distinguía, confundíase la orilla con los arroyuelos, con los verdes prados y los jardines de las casas… en el fondo las lejanas montañas de tinte violáceo, con sus cumbres de peladas rocas o de blanca nieve… y todo este paisaje cubierto con el azul transparente del aire e iluminado por los calientes rayos del sol poniente que se abría camino a través del cielo. Ni sobre el lago, ni en el cielo, ni en las montañas veíase una sola línea recta, solo se distinguía un tinte uniforme, pero ni un solo momento igual; por todas partes el movimiento, la simetría, el conjunto infinito, el capricho de las líneas y de las sombras, y por todas partes la dulce calma, la unidad y el deseo de lo bello. ¡Y aquí en medio de la belleza indefinida, confusa, libre, delante de mi misma ventana, distinguíase con limpidez la blanca y artificial barra del muelle, los tilos, los bancos verdes, viéndose en esto la obra humana, pobre y nueva, que no es como las ruinas, ahogadas en la armonía general de la hermosura, sino que, al contrario, la turban groseramente! A pesar mío, mi mirada tropezaba sin cesar con la horrible línea recta del muelle, y quería rechazarla con el pensamiento como una mancha negra sobre la nariz o sobre el ojo. Pero el muelle, con los ingleses que se paseaban por él, quedábase en el mismo sitio e involuntariamente trataba de hallar otro punto de vista donde no lo distinguiera. Por fin logré lo que deseaba y antes de comer, solo, pude gozar de ese sentimiento incompleto, pero que se siente hondo, tanto más cuando se gusta aislado la contemplación de la naturaleza.

A las siete y media me llamaron para comer; en la ancha sala del piso bajo, espléndidamente instaladas, había dos mesas lo menos para cien personas; durante unos minutos hubo un movimiento silencioso para la instalación de los huéspedes; rumor de faldas de las damas, pasos ligeros y menudos, coloquios discretos con los elegantes camareros… todos los sitios estaban ocupados por hombres y mujeres con ricos vestidos, los cuales eran llevados con un cuidado extraordinario. Como en Suiza la mayoría de los viajeros son ingleses, la mesa redonda tenía ese carácter particular de convención severa admitida por la costumbre; esta reserva no está basada en el orgullo, sino en la necesidad del aislamiento para lograr la cómoda y agradable satisfacción de sus deseos. Por todas partes veíanse finísimos encajes y blancos cuellos, pulidos dientes naturales o postizos, manos y caras como la nieve; pero aunque entre tantas caras había algunas muy bonitas, estas no expresaban más que la absoluta conciencia del bienestar egoísta y la completa ausencia de atención para con los demás, para todo lo que no tuviera relación directa con su propia persona; las manos llenas de anillos y forradas de finos guantes no tenían más movimiento que para ajustarse el cuello, cortar la carne o verter el vino, sin que se reflejara en ninguno de esos movimientos la emoción del alma. Los individuos de una misma familia cambiaban de vez en cuando algunas palabras a media voz, sobre el sabor de tal o cual plato, del vino, o bien del hermoso panorama del monte Righi. Los tenedores y cuchillos apenas tocaban los platos; se comía muy poco de cada uno; los camareros, acostumbrados por fuerza a aquel silencio, preguntaban en voz baja: «¿Qué clase de vino deseáis?»

Estas comidas me aburren, me desagradan y acaban por volverme triste, me está pareciendo que soy un culpable, que estoy castigado, como cuando en mi infancia, por una travesura cualquiera, me sentaban en una silla, diciéndome irónicamente: «¡Descansa, querido!» Pero entonces había en mis venas sangre joven y oía en la habitación contigua los alegres gritos de mis hermanos, y me esforzaba para no rebelarme contra los sentimientos de opresión que sentía en tales momentos.

Todos esos semblantes tristes y escuálidos, ejercían en mí una fatal influencia, volviéndome también triste; no quería nada, no pensaba en nada, casi no veía nada. Empecé ensayando a hablar con mis vecinos, oyendo las mismas frases repetidas mil veces en el mismo sitio y por la misma persona… Pero es que esas personas ni eran tontas ni indiferentes, y es lo más

probable que en las respectivas casas de muchas de esas gentes, pasa la misma vida interior que en la mía y en algunas mucho más complicada e interesante. Entonces, ¿por qué privarse de uno de los mejores placeres de este mundo, el placer de gozar el uno con la alegre conversación del otro?

¡Qué diferencia con nuestra pensión de París! Allí éramos unas veinte personas de nacionalidad, de profesiones y de caracteres los más diferentes, y gracias a la espontaneidad francesa íbamos a la mesa redonda como a una diversión.

Tan pronto como estábamos sentados en la mesa, empezaba la conversación de una punta a otra, llena de bromas y palabras de doble sentido, haciéndose general; cada uno, sin pensar lo que saldría, decía lo que le venía a la cabeza; teníamos nuestro filósofo, nuestro razonador, nuestro bromista; todo era alegre, y tan pronto concluíamos de comer, retirábamos la mesa y nos poníamos a bailar la *polka* hasta la noche sobre la empolvada alfombra; éramos un poco presumidos, sin mucho ingenio, ni mucha honestidad, pero éramos hombres.

Y la condesa española con sus aventuras románticas; el abate italiano que declamaba, después de comer, la *Divina comedia*; el doctor americano que hacía su entrada en las Tullerías; el joven dramaturgo con los cabellos largos; el pianista que, según sus propias palabras, había compuesto la *polka* más bonita que existe, y la desgraciada y hermosa viuda con tres sortijas en cada dedo; todos aunque superficial, pero humana y amigablemente, nos guardábamos los unos a los otros cierto respeto, llevándonos luego recuerdos que si bien de algunos eran pasajeros, de otros eran muy sinceros y cordiales.

En la mesa redonda a la inglesa, mientras contemplaba los encajes, los lazos, los anillos y los vestidos de seda, pensaba muchas veces que algunas de esas mujeres serían felices y harían feliz a un hombre vestidas con tanto adorno. Es extraño el pensar cuántos amigos y amantes, los mejores amigos y los más felices amantes, estén quizás el uno al lado del otro sin saberlo. Dios sabe el porqué no lo sabrán jamás y no se darán nunca el uno al otro esa felicidad que podrían darse tan fácilmente y que con tanto empeño desean.

II

Estaba triste, como siempre después de una comida así, y sin tomar los postres salí de mal humor a pasearme por la ciudad. Las sucias y estrechas calles sin alumbrado, las tiendas que empezaban a cerrar, el encuentro de obreros bebidos, de mujeres que iban a buscar agua, otras mujeres con sombrero que, mirando alrededor suyo y a lo largo de la acera se ocultaban en las callejuelas, no solamente no disipaban sino que agravaban la sombría disposición de mi espíritu. En las calles había oscurecido por completo, cuando sin mirar a mi alrededor ni pensar en nada, tomé la dirección del hotel para disipar con el sueño mi mal humor. Un frío terrible embargaba mi alma; sentíame triste y solitario sin saber por qué, como sucede a menudo cuando uno se encuentra en parajes nuevos. Iba con dirección al Schweizerhof con la mirada fija en el suelo, cuando de pronto los dulces y armoniosos sonidos de una música agradable me llamaron la atención. Momentáneamente obró con poderosa fuerza sobre mí; una alegre y clara luz parecía que penetraba en mi alma. Mi atención casi dormida, se fijó de nuevo en todos los objetos que me rodeaban; la hermosura de la noche y del lago, que me había pasado inadvertida, me llamó la atención como una cosa nueva y agradable. Sin querer, dime cuenta en un instante de multitud de cosas que me habían pasado desapercibidas: el oscuro cielo con las masas aplomadas iluminadas por la naciente luna; el lago de color verde oscuro en el que reflejaban las lucecillas que iban a perderse en lontananza; las negras y lejanas montañas, el canto de las ranas de Trechembourg y en la otra orilla el tierno canturreo de la codorniz. Delante de mí, en el mismo sitio donde oíanse los sonidos que habían llamado poderosamente mi atención, vi en la semioscuridad y en medio de la calle, un compacto grupo de gente que se

apretaba en semicírculo, y a cierta distancia del grupo un hombrecillo vestido de negro; detrás de todos destacábanse elegantemente algunos grandes tilos del jardín sobre el cielo azul oscuro, elevándose majestuosas a su lado las severas flechas de la catedral.

Fui acercándome, oyéndose los sonidos cada vez más claros, distinguiendo claramente los acordes graves, lejanos… esparciéndose en el aire de la noche el sonido de la guitarra y algunas voces que se interrumpían la una a la otra, sin cantar, pero que en algunos momentos marcaban los trozos más sugestivos.

El tema era así como una mazurka graciosa y encantadora. Las voces oíanse unas veces cerca y otras lejos; tan pronto se oía una voz de tenor, como una de bajo o bien un simple gorgeo, como en los cantos tirolianos. Aquello no era una copla, sino una ligera fase melódica de la canción. No podía comprender lo que era aquello, pero era hermoso, los dulces y apasionados acordes de la guitarra, aquella ligera y deliciosa melodía, aquella carita triste del hombrecillo negro, en medio del decorado fantástico del sombrío lago, de la velada luna, de las dos enormes flechas de las torres que se levantaban silenciosas, de los abetos negruzcos de los jardines… todo era extraordinario y muy bello o cuando menos así parecía.

Todas las impresiones confusas de la vida tomaron para mí un atractivo particular; en mi alma una fresca y perfumada flor se entreabría. En vez de la fatiga, de la distracción e indiferencia que sentía momentos antes por todo lo existente, sentí de pronto el deseo del amor, del placer, de la esperanza, la alegría de vivir. «¿Qué quiero, qué deseo? me dije involuntariamente. La hermosura y la poesía te envuelven por todas partes; respírala de lleno, goza tanto como puedas. ¿Qué más te hace falta? Todo es tuyo, todo está bien…» Acerqueme un poco más. El cantador era un vagabundo tiroliano, y delante del hotel, con una pierna hacia adelante y la cabeza levantada, cantaba con diversos tonos su graciosa melodía…

Sentí en aquel momento inmensa ternura por aquel hombre y agradecimiento por la transformación que había provocado en mí. El cantador, por lo que pude juzgar, iba vestido con un viejo traje oscuro, sus cabellos eran cortos y negros; la cabeza llevábala cubierta con un sombrero usado, de los más ordinarios; su traje no tenía nada de artístico, pero su presencia era alegre, ingenua, los movimientos de su pequeño talle dábanle un aspecto agra-

dable y jovial. En la puerta, en las ventanas y en los balcones del hotel alumbrado con profusión, estaban las señoras con sus lindos vestidos y anchas faldas; los caballeros con los blancos cuellos, el portero y los criados con sus trajes galoneados de oro. En la calle, en el medio círculo que formaba la gente, y un poco más lejos en el paseo y por entre los tilos, se veía a los camareros del hotel, así como a los cocineros con sus delantales y gorras blancos; algunos jóvenes se paseaban del brazo; todos parecían dominados por el mismo sentimiento que yo; todos guardaban silencio escuchando atentamente al cantor; todo estaba sumido en profunda quietud, tan solo oíase de vez en cuando el golpear del martillo o el canto de las ranas, interrumpido de vez en cuando por el monótono canturreo de la codorniz.

El hombrecillo cantaba como un ruiseñor en la oscuridad de la calle una copla tras otra, una canción tras otra. Aunque ya estaba muy cerca, continuaba gozando con su canto; su voz era extraordinariamente agradable y el gusto y la medida con que emitía la voz eran grandes también, descubriendo en él un gran talento natural; a cada copla modificaba el canto, viéndose que todos los graciosos cambios que hacía salíanle espontáneos y sin esfuerzo alguno. Entre la gente que le escuchaba en los paseos y en Schweizerhof estallaba de vez en cuando un murmullo aprobador. El número de caballeros y señoras bien vestidos, apoyados pintorescamente en las ventanas y balcones del hotel, aumentaba prodigiosamente. Los paseantes se paraban y entre la oscuridad, en el muelle, alrededor de los tilos, por todas partes veíanse mujeres en pequeños grupos; muy cerca de mí y separados de la gente, un criado y un cocinero estaban de pie fumando un cigarro.

El cocinero estaba embelesado en la música, y a cada nota aguda acercábase al criado y empujándole con el codo le decía entusiasmado: «¡Qué bien canta, eh!»

A los empujones del cocinero, contestaba el criado con una suave sonrisa, con la cual quería expresar el placer que experimentaba; de vez en cuando encogíase de hombros para hacer comprender que no le extrañaba, pues había oído aun mucho mejor que aquello.

En los intervalos, mientras tosía el cantador, le pregunté al criado quién era aquel hombre y si había ya venido otras veces.

—Viene dos veces cada verano,—respondió el criado.—Es natural de Argovia y se pasa la vida mendigando.

—¿Hay muchos cantores como este?—pregunté.

—¡Oh! sí,—respondió el criado, no comprendiendo al primer momento lo que le preguntaba; pero, al darse cuenta de mi pregunta, añadió:—¡Ah! no. Aquí no he visto a nadie más que a él; no viene ningún otro.

En este momento acababa su primera canción; terció vivamente la guitarra y pronunció algunas palabras en un dialecto alemán, que no pude comprender y que suscitó la risa entre la gente que le rodeaba.

—¿Qué ha dicho?—pregunté.

—Dice que tiene la garganta seca y que se bebería a gusto un vaso de vino,—me tradujo el criado que estaba cerca de mí.

—¡Ah! ¿sin duda le gusta la bebida?

—¡Bah! Todos son así,—respondió sonriendo el criado, a la vez que hizo un gesto con la mano señalando al cantor.

Este quitose el sombrero y empezó a pedir; con su guitarra bajo el brazo se acercó al hotel, levantó la cabeza y se dirigió a los caballeros que ocupaban las ventanas y los balcones.

—*Señoras y caballeros*,—dijo con un acento medio italiano y medio alemán; luego continuó con la entonación de los prestidigitadores cuando se dirigen al público:—*Si creéis que gano algo, os equivocáis; yo no soy más que un pobre diablo*.—Callose un momento y viendo que nadie le daba nada, cogió de nuevo la guitarra y dijo:—*Ahora, señores y señoras, os cantaré la canción de Righi*.

Todo el público callaba y, todo también, se quedó esperando la otra copla. La gente de abajo se reía por su manera tan extraña de hablar o quizás porque no le habían dado nada; acerqueme entonces a él y le di algunos céntimos, los cuales los hizo pasar hábilmente de una mano a otra y se los metió en el chaleco; púsose el sombrero y entonó otra canción. Era una graciosa copla tiroliana que titulaba: *Canción del Righi*. Esta copla, que él guardaba para el final, era más bonita que las anteriores y de todos lados salían murmullos de aprobación; cuando concluyó, agitó de nuevo su guitarra, quitose el sombrero y apretándolo contra el pecho se dirigió otra vez a las ventanas pronunciando la misma frase: *Señoras y caballeros, si creéis que gano algo…* que evidentemente él juzgaba muy original y bien hallada.

Pero en su voz y en sus movimientos pude observar una indecisión y timidez infantil muy extraordinarias. El público elegante, con sus riquísimos vestidos, estaba aún en los balcones y ventanas. Algunos hablaban entre sí, en voz baja y con tiesura, sin duda del cantor que con la mano extendida estaba delante de ellos. Los otros miraban con curiosidad al hombrecillo de la guitarra. Entre la gente la conversación y la broma iba en aumento; por tercera vez el cantor repitió la frase, pero con una voz aun más débil, tendiendo de nuevo la mano con el sombrero y retirándola enseguida; y por tercera vez ninguna de esas personas tan magníficamente vestidas le echó un céntimo. La gente sin piedad se echó a reír; la talla del pobre cantor parecía disminuir; con la guitarra en una mano y levantando el sombrero con la otra, pronunció: *Señores y señoras, os doy muchas gracias y muy buenas noches*; y se puso el sombrero. La gente se echó a reír alegremente, poco a poco las damas y los señores elegantes fueron retirándose de los balcones, hablando tranquilamente entre sí; en las avenidas siguió el público paseando; la calle, silenciosa durante el canto, volvió a reanimarse, tan solo algunos hombres se acercaron al cantor y se reían; oí al hombrecillo murmurar entre dientes y, como si se volviera aun más pequeño, tomó a paso rápido la dirección de la ciudad.

Algunos jóvenes que le miraban, le siguieron riendo a cierta distancia. Yo me quedé pasmado; no comprendía lo que aquello significaba, permaneciendo atontado en mi sitio; miraba atónito cómo se alejaba aquel hombre en dirección a la ciudad y a los jóvenes que le seguían riéndose; sentía mucha pena y amargura… sobre todo por el cantor, por la gente y por mí mismo, como si yo hubiese pedido dinero y además de negármelo se hubiesen reído de mí. Por fin dirigí mis pasos hacia Schweizerhof; no me daba aún cuenta de lo que me sucedía, pero sentía un gran peso en el alma que me ahogaba.

III

En el magnífico y alumbrado portal encontré al portero, que se apartó a un lado, y a una familia inglesa. Un hombre simpático, fuerte, con grandes patillas negras a la inglesa, un sombrero negro, un abrigo en el brazo y un bastón en la mano, salía con paso lento y seguro, llevando del brazo a su señora, la cual lucía un riquísimo vestido de seda con cintas claras y magníficos encajes; a su lado iba una linda y fresca señorita, con un elegante sombrero suizo adornado con una pluma *a la mosquetero*, por debajo del cual caían sobre su blanco rostro largos y sedosos bucles rubios; delante saltaba una niña de diez años, a la cual se le veían las robustas rodillas por debajo de los finísimos encajes.

—¡Qué hermosa noche!—dijo con voz dulce y satisfecha la señora mientras yo pasaba.

—*¡Ohé!*—mugió perezosamente el inglés, que con seguridad se daba tan buena vida que no se sentía ni con ganas de hablar.

Todos parecían muy contentos de estar en el mundo; sus movimientos y sus semblantes expresaban tanta indiferencia para con los demás, y tanta seguridad de que el portero al pasar ellos se separaría para saludar, que al volver encontrarían una cama limpia y una habitación tranquila y que todo era así porque ellos tenían ese derecho, que, a pesar mío, los comparé en aquel momento con el cantor ambulante, que cansado, hambriento quizás, huía ahora mismo del desprecio de la gente; entonces comprendí lo que pasaba en mi corazón y en mi alma, y sentí una rabia profunda contra toda esa gente.

Dos veces pasé y crucé por delante del inglés, con la intención de no apartarme de delante de él y codearle; salí después del portal y corrí hacia la ciudad, en la dirección por donde había desaparecido el pobre cantor.

Acerqueme a tres personas que iban juntas, a las cuales les pregunté por el cantor y riendo me señalaron hacia adelante… Iba solo y andaba a paso ligero.

Parecía estar irritado y seguía murmurando entre dientes; acerqueme a él y le propuse ir a beber una botella de vino; iba andando deprisa y al oírme se volvió hacia mí, y al comprender de lo que se trataba, se paró.

—¡Bah! no puedo rehusar, pues sois tan bueno… Mirad… aquí cerca hay un café, podemos entrar, es muy modesto,—dijo señalando un cafetín que aún estaba abierto.

La frase «muy modesto» despertome instantáneamente la idea de no ir a un café modesto, sino al mismo Schweizerhof, donde estaban los que le habían escuchado.

Con tímida emoción rehusó diferentes veces ir a Schweizerhof, alegando que aquello era muy rico; pero yo volví a insistir en mi idea y entonces, fingiendo que no estaba turbado, agitó alegremente la guitarra y me siguió por el muelle. Algunos jóvenes bromistas así que me acerqué al cantor, se acercaron también a escuchar lo que le decía, siguiéndonos hasta el portal, pues creyeron sin duda que iba a darle alguna guasa.

En el vestíbulo hallé un camarero al cual le pedí una botella de vino, este nos miró sonriéndose y se alejó sin decir nada. El jefe de los camareros, al que me acerqué con el mismo objeto, me escuchó muy serio y examinando de pies a cabeza al mísero personaje que me acompañaba, indicó al portero con severo acento que nos llevase a la sala de la izquierda. Esta sala era un despacho de vino de lo más vulgar, en un rincón una criada coja lavaba el servicio, y por todo mueblaje había mesas y bancos de madera sin pintar; el camarero que nos sirvió nos miraba conteniéndose la risa y con las manos en los bolsillos hablaba con la criada coja, esforzándose visiblemente en darnos a entender que se sentía por su situación social y sus cualidades muy por encima del cantor, y que, no solamente no le humillaba servirnos, sino que era más bien una diversión para él.

—¿Deseáis vino ordinario?—preguntó guiñando el ojo con aire de entendido dirigiéndose a mi interlocutor, mientras se pasaba la servilleta de un brazo al otro.

—Quiero *champagne* y del mejor,—dije tratando de tomar el aire más altanero y más imponente posible. Pero ni el *champagne* ni mi fingida altanería hicieron mella en el criado, el cual se quedó un momento mirándonos y sin darse prisa miró su reloj de oro, y a paso lento, como si se paseara, salió de la sala; no tardó en volver con el vino, acompañándole dos criados; sentáronse cerca de la criada y con sonrisa de protección nos miraban como los padres miran a sus hijos cuando juegan; tan solo la criada parecía que no nos miraba con aire burlón sino con verdadera lástima.

A mí me desagradaba tener que hablar y convidar al cantor ante los ojos de los criados, esforzándome en hacerlo lo más natural posible. Con buena luz pude examinarle mejor; era un hombre muy bajo, bien proporcionado, casi un enano; cabellera lacia, negra, grandes ojos negros, lacrimosos y sin cejas; la boca, pequeña y muy agradable, plegábase de una manera muy bonita; las patillas y los cabellos, cortos; el vestido era simple y pobre, estaba sucio y roto y en general tenía el aspecto de un obrero; parecía más bien un vendedor pobre que un artista, tan solo en sus húmedos y brillantes ojos y en su pequeña y plegada boca, se veía algo original y conmovedor; a juzgar por su aspecto se podía decir que era un hombre de veinticinco a cuarenta años; tenía treinta y ocho.

He aquí de qué manera tan franca me contó su vida.

Natural de Argovia, perdió a sus padres siendo aún muy niño, quedando sin ningún pariente; no habiendo tenido nunca medios de fortuna, tomó el oficio de ebanista, hacía de eso veintidós años, teniendo que abandonarlo a causa de haberle sobrevenido una caries en el hueso del brazo. Desde su infancia había mostrado grandes disposiciones para el canto y púsose a cantar. Los extranjeros de vez en cuando dábanle algún dinero, con el cual se compró una guitarra y empezó su profesión, haciendo dieciocho años que andaba por Suiza e Italia, cantando delante de los grandes hoteles.

Todo su equipaje consiste en la guitarra y en la bolsa donde guarda actualmente un franco cincuenta céntimos, con lo cual tiene que comer y dormir esta noche. Todos los años recorre los sitios más frecuentados de Suiza, Zurich, Lucerna, Interlaken, Chamonix, etc. Por el monte San Bernardo se

va a Italia y vuelve por San Gotardo o Saboya. Ahora se le hace ya muy pesado andar y siente que el dolor de la pierna se le aumenta y empeora todos los años y que sus ojos y su voz cada día son más débiles. A pesar de eso, se va ahora a Interlaken y Aix-les-Bains y por el monte San Bernardo entrará en Italia, que tanto le gusta. En general, parece estar muy contento de la vida. Cuando le pregunté por qué iba al pueblo, y si tenía en él parientes o alguna casa o tierras, plegó su boca con una alegre sonrisa y me contestó:

—*Sí, el azúcar es bueno y es dulce… para los niños,*—y guiñó el ojo hacia el criado; no comprendí lo que quería decir; los criados echáronse a reír todos.

—No, nada, yo no tengo nada; si tuviera, ¿iría así? Pero voy al pueblo porque, a pesar de todo, hay algo que me atrae,—y con una dulce sonrisa repitió de nuevo la frase: «Sí, el azúcar es bueno…» riendo alegremente.

Los criados se divertían y se esforzaban por no reír a carcajadas; tan solo la coja con sus grandes ojos miraba con lástima al cantor y hasta le recogió el sombrero, que durante la conversación, se había caído del banco.

He observado diferentes veces que a los cantadores, acróbatas y prestidigitadores que andan por el mundo les gusta llamarse artistas, y por ese motivo le hice entender diferentes veces a mi interlocutor que le tenía por un artista; pero él no quiso reconocer ese título, pues consideraba su trabajo como un simple medio de ganarse la vida. Cuando le pregunté si él mismo componía las romanzas que cantaba, extrañose mucho de la pregunta, contestándome que no, que todas sus coplas eran cantos antiguos del Tirol.

—¿Cómo es eso, la canción del Righi es vieja?—le pregunté.

—Hace quince años que está compuesta; había en Basilea un alemán, un hombre muy inteligente… él fue quien la compuso. Esa hermosa canción la compuso para los viajeros;—y traduciéndola al francés empezó a recitar la canción del Righi, que tanto le gustaba:—Si un día vas al Righi—No gastas zapatos hasta Weggis,—(Porque vas en el vapor),—En Weggis tomas un bastón,—Y del brazo tomas una niña.—Bebes un vasito de vino,—Pero no bebas mucho—Que el que quiere beberlo—Tiene que merecerlo.

—¡Oh! ¡qué hermosa canción!—exclamó.

También gustó, sin duda, a los criados, porque se acercaron a nosotros.

—¿Y quién ha compuesto la música?—le pregunté.

—Nadie… para cantar delante de los extranjeros hay que inventar siempre algo nuevo.

Cuando nos trajeron el hielo y serví el *champagne* a mi interlocutor, sintiose avergonzado y, volviéndose hacia los criados, se movió mucho en el banco. Brindamos a la salud de los artistas; bebiose medio vaso y, poniéndose pensativo, frunció el ceño.

—Hace mucho tiempo que no he bebido un vino tan bueno; os lo aseguro. En Italia el vino de Asti es bueno, pero este es mejor. ¡Italia! ¡allí se está bien!—añadió.

—Sí, allí se sabe apreciar la música y los artistas,—dije queriendo llevar la conversación hacia el fracaso de esta noche delante de Schweizerhof.

—No,—respondió.—En cuanto a música, allí no podría yo gustar a nadie. Los italianos son casi todos músicos como no hay otros en el mundo; yo no sé más que coplas tirolianas… de todas maneras, para ellos es algo nuevo.

—Y allí, los señores, ¿no son más generosos?—continué deseando hacerle participar de la rabia que sentía contra los huéspedes de Schweizerhof.—¿Allí pasa lo que aquí, donde en un gran hotel en que se hospedan solamente gentes ricas, cien personas escuchan a un artista sin darle nada?

Mi pregunta no produjo el efecto que esperaba; no solamente no despertó en él indignación, sino que en mis palabras vio un reproche a su talento como no siendo digno de recompensa, y probó de justificarse conmigo.

—No siempre se recoge mucho,—respondió;—además, la voz se gasta, se cansa; hoy he andado por espacio de nueve horas y he cantado todo el día. Es difícil… y a veces los grandes personajes, los nobles, no quieren escuchar a los cantores ambulantes.

—Sin embargo, ¿cómo es posible no dar nada?—repetí.

Él no comprendió mi observación.

—No es eso,—dijo.—*Aquí somos muy perseguidos por la policía*. Según las leyes de la república, no se puede cantar… Pero en Italia podéis ir por

donde os plazca sin que nadie os diga una palabra. Aquí si os quieren dar permiso, está bien, si no os pueden meter en la cárcel.

—¡Cómo! ¿Eso es posible?

—Vaya; si después de una primera observación continuáis cantando, pueden meteros en la cárcel. Yo ya he pasado tres meses,—dijo sonriendo como si fuera un agradable recuerdo.

—¡Ah! esto es horrible. Pero, ¿por qué?

—Es así, según las nuevas leyes de la república,—continuó animándose. —No quieren comprender que el pobre es necesario que viva de una manera u otra; si no estuviera enfermo, ya trabajaría, y si canto, ¿le causo perjuicios a alguien? ¡Qué justicia! Los ricos pueden reírse cuanto les plazca y a un pobre como yo no le dejan vivir… Estas son las leyes de la república. Siendo así, vos no querréis la república, ¿no es verdad, caballero? Nosotros no queremos la república, sino que queremos… queremos simplemente… queremos…—callose un momento.—Queremos las leyes naturales.

Llené de nuevo su vaso.

—¿No bebéis?—le dije.

Tomó el vaso y me saludó.

—Ya veo lo que os proponéis,—dijo guiñando el ojo y amenazando con el dedo.—Queréis emborracharme y ver lo que hago después, pero no lograréis.

—¿Qué necesidad tengo de emborracharos? Lo único que deseo es daros gusto.

Sintió sin duda haberme ofendido interpretando mal mi intención, y confuso se incorporó y me tocó el codo.

—No,—dijo con voz suplicante y mirándome con los ojos húmedos.—Ha sido una broma.

Después pronunció una frase incomprensible para mí, pero que debía decir, seguramente, que yo era un buen muchacho.

Continuamos bebiendo y hablando, y los criados, sin pretender ocultarlo, nos miraban riendo, pareciéndome más bien que se burlaban de nosotros.

A pesar del interés de nuestra conversación, no podía menos que mirarles, causándome su actitud una profunda y creciente irritación. Uno de ellos se levantó y mirando al cantor por encima de los hombros se sonrió. Toda la cólera que sentía contra los huéspedes de Schweizerhof y que no había podido descargar sobre nadie, confieso que tuve intenciones de descargarla sobre los insolentes criados. El portero entró en la sala sin quitarse la gorra, sentose cerca de mí y se acodó en la mesa.

Esta última circunstancia hirió mi amor propio y mi orgullo, puso el colmo a la medida e hizo estallar la cólera que durante toda la noche había ido almacenando.

Cuando atravieso solo el umbral me saluda tímidamente, y ahora, porque estoy hablando con un cantor ambulante, ¿por qué se sienta groseramente a mi lado? Sentí que mi indignación subía por momentos, excitándola yo mismo, pues obra en mí de una manera calmante, y me da entonces, a lo menos por unos instantes, una elasticidad extraordinaria, una energía y un fuego que me hace capaz de las mayores atrocidades físicas y morales.

Me levanté instantáneamente de mi sitio.

—¿De qué os reís?—pregunté al criado mientras sentí que mi semblante palidecía y que temblaban involuntariamente mis labios.

—Yo no me río, y sí me río…—dijo el criado retrocediendo.

—Sí, vosotros os reís de este hombre. ¿Y qué derecho tenéis de estar aquí sentados cuando hay clientes? ¡Cómo tenéis la audacia de sentaros!—dije.

El portero se levantó y murmurando retrocedió hasta la puerta.

—¿Con qué derecho os mofáis de este hombre y os sentáis a su lado, cuando él es un huésped y vosotros los criados? ¿Por qué no os reís de mí durante la comida y os sentáis a mi lado? ¡Porque va pobremente vestido y canta en la calle y yo llevo un buen traje! ¿Es por eso? Él es pobre, pero estoy seguro de que vale mil veces más que vosotros, pues no ofende a nadie y vosotros le ofendéis.

—Pero, ¿qué es lo que os pasa?—objetó tímidamente el criado.—¿Acaso le impido estar aquí?

El criado no me comprendía y mi alemán estaba perdido. Entonces el portero quiso salir en defensa del criado, pero me dirigí vivamente a él, el

cual hizo ver también que no me comprendía, haciendo un gesto con la mano. La coja, fuese que había notado mi estado y temía el escándalo o fuese que era de mi opinión, se puso de mi parte y trató de interponerse entre el portero y yo, diciéndole que se callara, pues yo tenía razón, y suplicándome que me calmase.

—Este caballero tiene razón. Tenéis razón,—repitió.

El cantor estaba espantado; veíase que no comprendía la causa de mi acaloramiento, ni lo que yo quería, rogándome que nos fuéramos lo antes posible; pero la conversación me iba excitando cada vez más; en aquel momento me acordé de todo: de las gentes que se burlaban de él y que no le daban nada… y por nada del mundo hubiera querido calmarme.

Estoy convencido de que si el portero y los criados hubiesen estado menos conciliadores, me hubiera peleado con gusto con todos ellos juntos. Si en aquel momento me hubiese encontrado en Sebastopol, me hubiera lanzado a la bayoneta contra la trinchera inglesa con verdadero placer.

—¿Y por qué me habéis hecho entrar en esta sala y no en la otra, eh?—le dije al portero cogiéndole del brazo para que no se alejara de mí.—¿Qué derecho tenéis para juzgar por el exterior y creer que este señor debe estar en esta sala y no en la otra? ¿Los que pagan no son iguales en los hoteles? ¿No solamente en una república, sino en todo el mundo? ¡Está bien vuestra república! ¡Ahí tenéis la legalidad! ¡No osaríais traer a un inglés a esta sala, a esos mismos ingleses que escuchaban a ese hombre sin darle un céntimo, es decir, que cada uno de ellos le robaba los céntimos que debió darle!… ¿Cómo os habéis atrevido a meternos en esta sala?

—La otra está cerrada,—dijo el portero.

—No,—grité.—No es verdad, la otra sala no está cerrada.

—Si vos lo sabéis mejor…

—Sí, lo sé, sé que mentís.

El portero encogiose de hombros.

—¿Qué os diré?—murmuró.

—No «qué os diré»; ¡conducidme inmediatamente a la otra sala!

A pesar de los consejos de la criada y de las súplicas del cantor de que nos fuéramos, exigí al camarero que nos acompañase a la otra sala, a la cual llevé a mi interlocutor. El camarero, al oír mi irritada voz y ver mi semblante demudado, no se atrevió a discutir; pero, con una cortesía menospreciadora, me dijo que podía ir donde quisiese.

No pude convencer al portero de su embuste, pues desapareció antes de entrar en la sala.

En efecto, esta era ancha, bien alumbrada y en una de las mesas estaban instalados para cenar el inglés y su señora. Me señalaron una mesa aparte; pero yo, con el cantor mal vestido, me senté cerca del inglés y ordené que nos trajeran la botella empezada.

El inglés, con extrañeza primero y con cólera después, miraba al pobre hombre, que más muerto que vivo se sentó cerca de mí. Cambiaron entre sí algunas palabras, la señora rechazó el plato y los dos se levantaron oyéndose el crujido seco de la seda. A través de la puerta vidriera vi al inglés enfurecido pedir explicaciones al camarero, señalando con la mano en dirección nuestra; el camarero se puso en el umbral y dio una mirada. Estaba esperando que vinieran a expulsarme, contento de poder al fin lanzar mi cólera y mi indignación contra ellos. Pero, por fortuna, a pesar de que en aquel momento me desagradó, nos dejaron tranquilos. Mi acompañante, que antes rehusaba el vino, bebía ahora con avidez lo que quedaba en la botella a fin de salir lo antes posible. Sin embargo, aunque emocionado, me pareció que había agradecido el obsequio; sus ojos volviéronse aun más lacrimosos, pronunciando una frase de agradecimiento de las más extrañas e incomprensibles, frase en la que dijo, que si todos apreciasen a los artistas tanto como yo, sería un gran bien para él y que me deseaba mucha felicidad, todo lo cual me agradó mucho.

IV

Salimos juntos hasta el vestíbulo donde estaban los criados y el portero, que con seguridad se estaban quejando de mí; todos me miraban como a un loco; di al cantor el tiempo necesario para mezclarse con el público y entonces, con todo el respeto posible y que yo era capaz de expresar, me quité el sombrero y le apreté con satisfacción la huesosa mano; los criados aparentaban no vernos y solo uno se sonrió sardónicamente.

Cuando el cantor, después de haberme saludado, desapareció en la oscuridad, subí a mi habitación deseando olvidar la impresión y la cólera infantil que tan impensadamente me había sobrecogido; pero demasiado emocionado para poder dormir, salí de nuevo a la calle para andar hasta lograr calmarme y aun aseguro que tenía ganas de encontrar ocasión para tropezar con el portero, el criado o el inglés y demostrarles toda su crueldad y su injusticia; pero salvo el portero, que al verme me volvió la espalda, no encontré a nadie y me puse a pasear por el muelle.

«Qué extraña suerte la de la poesía», pensaba mientras iba calmándome; «todos la aman y la buscan, pero no quieren que nadie reconozca su fuerza, que nadie aprecie ese bien, el mejor que existe en el mundo, y no se lo agradecen al que lo da a los hombres…

»Preguntad a cualquiera de los que habitan Schweizerhof, qué es lo mejor que existe en el mundo, y todos, o el noventa por ciento, os dirán con aire sardónico que el mejor bien es el dinero.

»Quizás esta idea no os plazca, quizás no concuerde con vuestras ideas superiores, dirán, pero ¡qué vamos a hacer si la vida humana está organiza-

da de esta manera, si el dinero es la sola cosa que hace feliz al hombre! No quiero impedir a mi espíritu que vea el mundo tal cual es, añadirán; es decir, que vea la verdad.

»¡Miserable es tu espíritu! ¡Miserable es la felicidad que deseas! ¡Miserable criatura eres tú, que no sabes lo que te hace falta! ¿Por qué todos dejáis vuestra patria, vuestra familia, vuestras ocupaciones, vuestros negocios y venís a esta pequeña ciudad de Suiza que se llama Lucerna? ¿Por qué esta noche salisteis a los balcones y escuchasteis en silencio las canciones del pobre pordiosero? ¿Y si hubiese querido cantar más, no hubierais guardado el silencio para escucharle? ¿Qué? ¿Podría nadie ni nada sacaros de vuestra patria y forzaros a venir a este rincón de Lucerna? ¿Podrían, por dinero, teneros en un balcón durante media hora y haceros estar silenciosos e inmóviles? ¡No! tan solo una cosa os hace obrar así, una cosa que os moverá eternamente con mayor fuerza que los demás motores de la vida: es la necesidad de la poesía, que no reconocéis, pero que sentís y que sentiréis mientras os quede algo de humano. La palabra «poesía» os parece ridícula, la empleáis como en broma, no la admitís sino para los niños y para las jóvenes inocentes; el amor a lo poético no existe para vosotros y os mofáis de él diciendo que lo que os hace falta es lo positivo. Pero los niños observan la vida muy sanamente, quieren y saben lo que el hombre debe amar y lo que da la felicidad, y a vosotros os ha depravado de tal manera la vida, que os burláis de lo que queréis y buscáis lo que aborrecéis y es causa de vuestra desgracia. Estáis tan pervertidos que no comprendéis lo que debéis al pobre tiroliano que os ha hecho gustar de un placer puro y, sin embargo, os creéis en la obligación gratuita, sin utilidad ni placer, de humillaros delante de un lord, sin saber por qué, y de sacrificarle vuestra tranquilidad y vuestros gustos. ¡Qué necedad! ¡Cuánta insensatez!

»Pero no es eso lo que más me llama la atención esta noche; esta ignorancia de lo que da la felicidad, esta inconsciencia de los placeres poéticos, casi las comprendo, pues estoy acostumbrado a verlo así en este mundo. La crueldad grosera e inconsciente de la masa no es tampoco cosa nueva para mí. Los defensores del buen sentido del pueblo, pueden decir que este es la unión de los honrados. ¡Quizás!… pero se unen por la parte bestial y despreciable, que no expresa más que la debilidad y la crueldad humanas. Pero, ¿cómo, vosotros que sois hijos de un pueblo libre, cristiano, vosotros que sois hombres, cómo al placer que os ha hecho sentir un desgraciado, no

contestáis sino con la indiferencia y la burla? En vuestro país hay asilos para los pobres; no hay pordioseros, no debe haberlos, ni tampoco ese sentimiento de compasión sobre el cual se basa la mendicidad. Pero él ha trabajado, os ha hecho gozar, os ha suplicado darle una parte de lo que os sobra, por el trabajo suyo en que os habéis recreado. ¡Y vosotros, con una sonrisa fría, desde lo alto de vuestros brillantes palacios, le observabais como un fenómeno y entre todos vosotros, felices y ricos, no ha habido uno que le echara un céntimo! Avergonzado se alejó de vosotros, y el pueblo, insensato, persiguió e injurió… no a vosotros, sino a él; porque vosotros sois fríos, crueles, malvados, porque le habéis robado el placer que os ofrecía… por eso le injuriaron».

V

El siete de julio de 1857, en Lucerna, delante del hotel Schweizerhof donde habitan hombres ricos, un músico ambulante cantó y tocó la guitarra durante media hora, escuchándole más de cien personas. El cantador pidió tres veces a la gente que le diera algo, y ni uno solo le dio nada y muchos se burlaron de él.

No es una invención, es un hecho cierto que pueden comprobar los que quieran, mirando en los diarios quiénes eran los extranjeros que ocupaban el hotel el siete de julio.

He aquí un hecho que los historiadores de nuestra época deben escribir en letras indelebles. Este suceso es más serio, más grande, tiene un sentido más profundo que los hechos anotados en los periódicos y en las historias. El hecho de que los ingleses han matado a miles de chinos porque no compran nada y acaparan el oro; que los franceses han matado a miles de kábilas porque el trigo crece mucho en África y que la guerra incesante es muy útil para formar las tropas; el hecho de que un judío no pueda ser embajador en Nápoles, o que el emperador Napoleón se ha paseado a pie en Plombieres y ha afirmado al pueblo que reinaba solamente por la voluntad nacional… todas esas son palabras que ocultan o muestran lo que conocemos desde hace mucho tiempo; pero el hecho pasado en Lucerna el siete de julio, me parece totalmente nuevo y extraordinario, no está tan en relación con el lado eternamente malo de la naturaleza humana como con cierto periodo del desarrollo de la sociedad. Es un hecho, no para la historia de los actos humanos, sino para la historia del progreso de la civilización.

¿Por qué ese acto inhumano, imposible en ninguna ciudad alemana, francesa o italiana, es posible aquí, donde la civilización, la libertad y la igualdad están más elevadas, donde se reúnen los hombres más ilustres de las naciones más civilizadas? ¿Por qué esos hombres inteligentes, generosos, y en general capaces de toda obra honrada y buena, no tienen sentimientos humanos para una obra de caridad personal? ¿Por qué esos hombres que en las Cámaras, *meetings* y sociedades se preocupan vivamente del estado de los chinos en las Indias, del desenvolvimiento del cristianismo, de la instrucción en África, de la formación de sociedades para el mejoramiento de la humanidad, no encuentran en su alma el amor primitivo y simple del hombre para el hombre? ¡Ese sentimiento no existe, y su lugar lo ocupan la ambición, la vanidad y la avidez, únicos que dirigen a esos hombres en las Cámaras, *meetings* y sociedades! ¿Es que la extensión de la asociación razonada de los hombres, que llaman civilización, destruye y contradice las necesidades instintivas de la asociación por el amor? ¿Es esta la igualdad por la que se derramó tanta sangre inocente y se cometieron tantos crímenes? ¿El pueblo, como los niños, puede ser feliz con solo la palabra *igualdad*? ¡La igualdad ante la ley! ¿Pero acaso toda la vida de la humanidad se desarrolla en los dominios de la ley? No hay más que una milésima parte de humanidad que esté sometida a las leyes, el resto está fuera de la ley, en el dominio de las costumbres y de la sociedad; y en la sociedad el criado está mejor vestido que el cantor y le insulta impunemente. Yo estoy mejor vestido que el criado, e injurio impunemente al criado. El portero me considera como superior y cree que el cantor es menos que él. Cuando me vio sentado con el cantor se juzgó igual a nosotros y se volvió grosero; entonces me volví grosero con él y me reconoció superior a él; el criado volviose grosero con el cantor y este se le humilló… ¿Este Estado es libre, lo que los hombres llaman positivamente libre, un Estado donde pueden encarcelar a un ciudadano por el solo hecho de no morirse de hambre?

¡Desdichada, miserable criatura es el hombre con su necesidad de resoluciones siempre positivas y perfectamente determinadas, en medio de ese océano infinito del bien y del mal, de sucesos contradictorios y de consideraciones hijas de la pura convención! Los hombres luchan durante siglos y siglos, trabajando para impulsar por un lado al bien mientras por otro impulsan al mal. Los siglos pasan y hay un *algo* indiferente a todo que rige la báscula del bien y del mal… y esta no oscila, y el bien y el mal se equilibran.

Si al menos el hombre aprendiera a no juzgar ni pensar de una manera absoluta, a no dar respuesta a ninguna clase de preguntas, solo para que estas preguntas siguieran siéndolo; si comprendiera al menos que todo pensamiento es falso y verdadero a la vez. Es falso por la *uniliteralidad*, por la imposibilidad para el hombre de abarcar toda la verdad; y es verdadero, por ser expresión de una de las aspiraciones humanas. Se han hecho subdivisiones en este caos eterno, móvil, infinito, mezcla del bien y del mal. Se han trazado líneas imaginarias sobre ese mar, esperando que se dividiría así, como si no hubiese un sinfín de otras subdivisiones de diferente orden. Es cierto que esas nuevas divisiones son la obra de los siglos, pero millares de siglos han pasado y otros pasarán. La civilización es el bien; la barbarie, el mal; la libertad, el bien; la esclavitud, el mal. Y he aquí que su conocimiento imperfecto destruye por completo las necesidades instintivas, las mejores, las primordiales para el bien de la criatura humana. Y, ¿quién me podrá definir lo que es la libertad, lo que es el despotismo, lo que es la civilización, lo que es la barbarie? ¿Acaso se conocen los límites del uno y del otro? ¿En el alma de quién esa medida del bien y del mal es tan cierta que se pueda evaluar por la misma los hechos corrientes y los complejos? ¿En qué hombre el espíritu es tan grande, que pueda, ni aun en el inmóvil pasado, abarcar todos los hechos y pesarlos? ¿Y cuál es el hombre en quien no hayan coexistido el bien y el mal? ¿Y cómo sé yo que veo al uno más claramente que al otro, pues no me encuentro en el punto de mira verdadero? ¿Y quién puede desligarse tan absolutamente de la vida, que pueda examinarla en un momento, con el espíritu, desde un punto de mira muy elevado? No hay en nosotros más que un solo guía impecable y seguro, el espíritu universal que penetra en todos y en cada uno de nosotros, que da a cada uno la aspiración de aquello que le es necesario. Es el mismo espíritu que ordena a la hierba crecer hacia el sol, a la flor dar sus frutos en otoño, y a nosotros aproximarnos inconscientemente los unos a los otros.

Y esta única e impecable voz es la que cubre y domina el ruidoso y activo desenvolvimiento de la civilización.

¿Quién es más humano o más bárbaro: el lord que al ver el roído traje del cantor se levanta furioso de la mesa sin darle, por su trabajo, la millonésima parte de su fortuna, y ahora, después de haber comido suculentamente, sentado en una hermosa y clara habitación, juzga con tranquilidad los asuntos de China y halla justas las muertes que allí se ocasionan; o el cantor que,

exponiéndose a la encarcelación, con unos cuantos céntimos en el bolsillo, vaga sin hacer daño a nadie durante veinte años por las montañas y los valles consolando a los hombres con su canto y a quien han ofendido, casi expulsado hoy, y que, fatigado, hambriento, avergonzado, se ha ido quizás a dormir sobre un montón de paja podrida?

En este momento y en el profundo silencio nocturno de la ciudad, lejos, muy lejos, oí la voz y la guitarra del hombrecillo. No, me dije espontáneamente, tú no tienes el derecho de quejarte ni de indignarte contra el bienestar del lord; ¿quién ha pesado la felicidad interior escondida en el alma de cada uno de esos dos hombres? Ahora debe estar sentado en algún sitio, sobre el fangoso suelo, contemplando la brillante claridad de la luna, y canta alegremente en la tranquila y perfumada noche. En su alma no siente ni pesares, ni cóleras, ni remordimientos; ¿y quién es capaz de averiguar lo que pasa en el alma de los hombres que están detrás de esos altos y ricos muros? ¡Quién sabe si hay en ellos tanta alegría inconsciente y dulce de la vida, tanta afinidad con la naturaleza, como hay en el alma de aquel hombrecillo!

¡Infinita es la piedad y la bondad de Aquel que ha permitido y ordenado la existencia de todas estas contradicciones!

¿No es tan solo para ti, diminuto gusano que, con increíble audacia, tratas de penetrar sus leyes y sus intenciones, no es tan solo para ti que parecen existir estas contradicciones? Él mira dulcemente desde su alta y clara inmensidad, alegrándose de la infinita armonía que existe donde tú ves solamente contradicciones… En tu orgullo pensabas escapar a las leyes generales; no, y tú también, con tu mezquina indignación contra los criados, tú también has obrado de conformidad con las armoniosas leyes de lo eterno y de lo infinito…

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima publicada en las *Obras completas de León Tolstoi*, tomo III, *Ocho relatos* (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905), «nueva versión castellana» hecha sobre la traducción francesa de J. W. Bienstock revisada por P. Biriukov, a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive. Las ilustraciones no se reproducen. Las notas a pie de página proceden de esa edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

La edición de 1905 titula este relato «Páginas de un diario»; aquí se usa el título con que se conoce habitualmente.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web